REPUBLICA ARGENTINA

Presidente de la Nación

Excmo. Dr. ARTURO FRONDIZI

MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA DE LA NACION ARGENTINA

Ministro de Educación y Justicia

Excmo. Dr. LUIS R. MAC KAY

DIRECCION GENERAL DE CULTURA

Director General de Cultura

Prof. HECTOR BLAS GONZALEZ

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES FOLKLORICAS

Director

JULIAN CACERES FREYRE

Secretario

BRUNO C. JACOVELLA

Sección Folklore

Jefe

SUSANA CHERTUDI

Investigadores

JESUS MARIA CARRIZO - GUILLERMO PERKINS HIDALGO
JOSE AUGUSTO RODRIGUEZ

Auxiliares de investigación

CARLOS DELLEPIANE CALCENA - OFELIA B. ESPEL
OLGA FERNANDEZ LATOUR

Sección Lingüística

Investigador

RICARDO L. J. NARDI

Adscriptos honorarios

HORACIO JORGE BECCO - AUGUSTO RAUL CORTAZAR
JORGE M. FURT - ANTONIO PAGES LARRAYA
CONSIDERACIONES SOBRE LA TEJEDURIA DE UNA COMUNIDAD DE ORIGEN ARAUCANO

Azul (provincia de Buenos Aires)

POR CARLOS DELLEPIANE CALCENA

Los araucanos fueron el grupo aborigen más representativo y numeroso del territorio chileno, que habitaron aproximadamente desde los 26º a los 44º latitud sur. En los últimos decenios del siglo XVII, iniciaron su inmigración a nuestro país, filtrándose a través de accesibles pasos de la cordillera. Con ellos trajeron abundante aporte de expresiones culturales, rico en contenido y de vasto alcance espiritual.

Los aborígenes originarios de esta parte de nuestro suelo, hasta entonces señores absolutos de la inmensa llanura, fueron transculturándose ante el considerable embate de carácter militar y cultural sobrelevado por los araucanos chilenos. Al término del siglo XVIII este proceso de transculturación había finalizado.

Nuestros pehuenches habitantes de la pampa y sur de San Luis y Mendoza, fueron los primeros en percibir el predominio de los araucanos y por su intermediación inicióse entre ellos y los chilenos un próspero y continuo intercambio; los araucanos recibían los codiciados caballos que tanto abundaban en nuestra llanura y los nuestros mantas y ponchos para abrigo y relucientes adornos de plata. Esta íntima correspondencia coadyuvó preferentemente a llevar a cabo la araucanización de la pampa.

Varias son las crónicas de misioneros que tomaron contacto con pampas y araucanos en el transcurso de los siglos XVII y XVIII. Los padres Camaño, Ovalle, Falkner y Sánchez Labrador —sacerdotes de la Compañía de Jesús— nos dejaron originales descripciones sobre sus hábitos y otras manifestaciones íntimamente relacionadas. De la lectura de estas crónicas se desprende que el ascendiente araucano era tangible al concluir el siglo XVIII. Corrobora este hecho Acarete du Biscay, viajero infatigable que recorrió la región a mediados del siglo XVII, en su relación de viajes al Río de la Plata publicada en Londres en 1698, manifestando haber hallado gran influencia araucana entre los aborígenes que poblaban la zona comprendida entre el Arrecifes y Saladillo.

Los pehuenches, guénaken y pampas trocaron posteriormente sus lenguas originales por la de los invasores, modificaron su vestido dándole realce con los llamativos tejidos araucanos y asimilaron diversos elementos culturales araucanizantes, que con el tiempo penetraron hasta arraigarse definitivamente en la pampa.
El general Juan de Garay, en una extensa y minuciosa carta a S. M. hace mención al vestido de las indias, informando que llevaban "alguna ropa de lana muy buena, y dicen que la traen de la cordillera de las espaldas de Chile".

La ocupación preferida de la mujer araucana fue el hilado y tejido de la lana. De sus simples y rústicos telares han surgido ponchos de finísima trama cubiertos por infinidad de motivos geométricos. Estos ponchos, que eran amplios, los usaban pasándolos por la espalda, sujetos a la cintura con una faja y prendidos por delante con un alfiler de plata. Alcides D’Orbigny describe estos ponchos y mantas. Transcriptemos algunas referencias que al respecto hace en su obra intitulada "El hombre americano". Las mujeres hilan la lana de sus corderos y tejen vestidos. Estos tejidos son teñidos de diversos colores, por medio de ciertas tinturas. Al referirse a la vestimenta dice "que está compuesta de una pieza de tejido que colocan bajo el brazo, y de otra que cubre las espaldas, atada por delante con un alfiler".

Durante el siglo pasado, cristianos e infieles libran en el dilatado escenario de la pampa una de las luchas más sangrientas e interminables de nuestra historia: la conquista del desierto. Desde Salinas Grandes el cacique Callvucura gobierna su pujante señorío pampeano, resistiendo el ataque de las tropas de la nación y sembrando muerte y desolación entre las incipientes poblaciones de la campaña. Varios caciques menores son confederados, entre otros los aguerridos Manuel Grande, Cachul y Catriel. Este último instala sus trollerías sobre el arroyo Azul, donde lleva sus hombres de lanza y numerosa chusma. Manuel Grande se une con varios miles de cabezas de ganado.

El 19 de setiembre de 1829, el gobernador Juan José Viamonte firma un decreto en el que ofrece en propiedad suertes de tierra en las márgenes del arroyo Azul. Con esta disposición inicia la colonización de esa zona, que hasta el momento se hallaba en poder de los infieles. Tres años más tarde, el 15 de diciembre de 1832, el coronel Pedro Burgos del Regimiento 5º de Milicias de Caballería de Campaña, funda un fuerte dándole el nombre de "San Serapio Mártir del Arroyo Azul", en tierras próximas al arroyo homónimo. Esta fundación señala el comienzo de la dilatada lucha por la posesión de esa zona, a la que se suma Blanca Grande y Cruz de Guerra, formando una línea fronteriza de protección.

La vecindad de Catriel y su gente fué nefasta para los pobladores de Azul. Los salvajes merodeaban continuamente y hostilizaban los establecimientos de campo, saqueando las viviendas y cobrando cautivos y ganado. Al día siguiente de librada la batalla de Caseros tomaron por asalto la población, rompiendo con sus lanzas los tratados establecidos recientemente. La débil resistencia de los vecinos no pudo impedir que dejaran el lamentable saldo de trescientas víctimas. El Ejército de Operaciones del Sur y otras fuerzas militares opusieron resistencia a la feracidad sin límite de los guerreros araucanos, logrando que Catriel se sometiera con su tribu y que Manuel Grande hiciera otro tanto en las cercanías de Nieves.

Azul fué en diversas oportunidades base de operaciones en la lucha por la conquista del desierto; desde allí inicia el coronel Nicolás Levalle en 1876 su

---

campaña contra el indio y en sus campos el general Roca reemplaza su vivaz, cuando la trascendente campaña contra la barbarie de 1879.

Consolidada definitivamente la paz, después de tantos años de lucha y triste memoria, los habitantes de Azul emprenden una era de trabajo y progreso. El ejido de la ciudad crece a la par que sus moradores, colindando con las tierras ocupadas por la tordería de Catriel. Estas, que en la actualidad suman unas cuarenta hectáreas, fueron apodadas con el nombre de “Villa Fidelidad”, testimonio elocuente de la que profesara el cacique Cipriano Catriel, hijo de Catriel “el viejo”.

En dos oportunidades hemos visitado Villa Fidelidad; la primera en el mes de octubre de 1957 y la segunda en el verano del corriente año. En ambas ocasiones entrevistamos mujeres que conservan con devoción la habilidad de tejer ponchos, fajas y otras prendas con lana de oveja. De sus mayores heredaron la destreza que poseen en el manejo del telar, al cual dedican largas horas de paciente y esmerada labor. En la actualidad ha disminuido mucho esta admirable y meritoria actividad artesanal, debido al elevado costo de la lana y a la carencia de mercado para colocar los productos. La escasa producción satisface las necesidades de la comunidad y aislados encargos efectuados por pobladores de la zona.

Las coloridas fajas para la cintura con su diversidad de motivos geométricos ornamentales son las prendas que más se elaboran. Es de lamentar que hilos de producción mecánica y procedencia industrial, hayan substituido la lana de oveja hilada a mano. Afortunadamente no sucedió lo mismo con las mantas, cojinillos y alfombras, estas últimas tejidas con la misma técnica de los choapos chilenos, que demandan para su confección hilo grueso hilado a mano.

La relación de las complicadas técnicas y diferentes procesos con que se elaboran estos tejidos, es ocupación que debe efectuarse con método y detalladamente.

En este artículo nos referiremos tan sólo a los ponchos araucanos, que tanta nombradía poseen y codicia han despertado. Sumaremos al final un vocabulario de voces araucanas relacionadas con la artesanía del tejido. Nos limitaremos a transcribir las recopiladas en Villa Fidelidad, prescindiendo del copioso vocabulario que al respecto se conserva en las provincias del Río Negro y Neuquén.

Como hemos manifestado anteriormente, la confección de un poncho araucano demanda diversos procesos o etapas de complicada ejecución. Nos referiremos en primer lugar a la preparación de la lana de oveja, materia prima con que se tejen estos ponchos.

**LAVADO, DESENGRASE Y CARDADO DE LA LANA**

Realizada la esquila en los establecimientos ganaderos del lugar, compran la cantidad de lana necesaria para tejer un poncho. Con las manos separan los cuerpos extraños que presenta, la desenredan —operación que denominan “trukunar”— y la lavan cuidadosamente con agua natural. Para desengrasarla la sumergen en un recipiente que contiene orín fermentado, sustancia mordaz y rica en amoníaco, que disuelve la grasa. Después de un segundo lavado con agua natural, la lana queda desgrasada.
Con la sola ayuda de las manos proceden a cardarla, manipulación que realizan con maestría y rapidez.

**HILADO Y TORCIDO**

Para hilar la lana, al igual que las tejedoras de las provincias del norte, las de Villa Fidelidad emplean el huso. Este instrumento, al que denominan "chapul", es un vástago de madera de veinticinco centímetros de longitud y extremos agudos, engastado en un tortero o peso de huso también de madera. Lo toman en la mano derecha y en él sujetan algunas hebras de la porción de lana que mantienen en la mano izquierda. Haciéndolo girar tuercen las hebras formando un solo hilo ininterrumpido y parejo, que arrollan en el cuerpo del huso y amarran en su extremo superior por medio de una lazada. Para unir dos extremos de hilo, los retuercen frotándolos entre los dedos índice y pulgar. Con el hilo resultante de la operación descripta forman ovillos destinados al teñido, o a urdir directamente, según lo demande el caso.

Doña Viviana Calderón de Bardas, de 65 años de edad, que manifestó ser nieta del cacique Manuel Grande, realizó especialmente esta operación para ilustrarnos.

**PREPARACIÓN DE LA URDIMBRE**

Para facilitar el trabajo colocan el telar en posición horizontal. El telar usado en Villa Fidelidad es por demás sencillo. Consiste en cuatro varas de madera dura unidas en sus extremos por fuertes ligaduras, que forman un bastidor rectangular. Este bastidor es algo más grande que el poncho, el que generalmente mide dos metros de largo por uno y medio de ancho.
Entre las varas a y a' y paralelas a b y b', colocan dos cuerdas firmes a las que llamaremos cuerdas porta-urdimbre. La extremidad del hilo que ha de formar la urdimbre, lo anudan en la cuerda c', en el punto e, y conduciéndolo hacía arriba lo pasan por la cuerda c y desde allí regresan a la cuerda c'. De esta forma prosiguen pasando el hilo desde una a otra cuerda porta-urdimbre, hasta cubrir prolijamente el ancho que desean dar a la tela. Para evitar que se comben las cuerdas que portan el urdido, debido a la tirantez de éste, colocan hilos equidistantes desde las cuerdas mencionadas a las varas b y b'. En el dibujo que acompañamos distinguimos ambos conjuntos de hilos con las letras d y d'. Al terminar de trazar la urdimbre, el extremo del hilo que la forma es anudado a la cuerda c' y a la vara a'. Algunas tejedoras substituyen las cuerdas porta-urdimbre, por resistentes varas.

**TEÑIDO**

Para formar los dibujos que decorarán el poncho, es menester teñir parcialmente la urdimbre. El color blanco natural de la lana, lo mantienen practicando fuertes ligaduras en la urdimbre. Para evitar que la tinta penetre a través de ellas, untan con almidón el sector que debe ser atado. Las ligaduras toman un número determinado de hilos, el que debe mantenerse para que los dibujos presenten un ancho parejo. Igual ocurre con la extensión que cubren. Al sumergir la urdimbre en la tintura, toma color solamente en los sectores no ligados.

Esta técnica de "atado" es harto dificultosa y lenta de llevar a cabo. Destacamos que las tejedoras de Villa Fidelidad la efectúan sin la presencia de dibujos ni esquemas previamente ejecutados. Una de las fotografías que ilustran el presente trabajo, muestra un poncho a medio tejer, en cuya parte inferior se observan los hilos de la urdimbre atados.

Estos ponchos son teñidos en color azul oscuro y en determinados casos en negro. El color azul lo obtienen mediante la infusión de hojas de acacia, o con aïlín y orín fermentado como mordiente. El negro lo logran con anilinas industriales. Finalizado el proceso del teñido disponen nuevamente la urdimbre en el telar.

**PREPARACIÓN DEL PEINE O "TONÓN"**

Una vez tendida y teñida la urdimbre proceden a armar el peine. Es éste un instrumento que facilita la tarea de cruzar los dos planos de hilos de la urdimbre, antes y después del pase de la trama. Ejecutan esta labor uniendo el extremo de un largo cordel al primer hilo de la izquierda del plano trasero de la urdimbre y pasándolo hacia adelante por entre cada uno de los hilos del plano delantero, dejando debajo el cruce original y tomando el último hilo por medio de un lazo. Las lazadas resultantes, que deben ser del mismo largo y tantas como espacios haya en el plano delantero, las unen por medio de hilos de lana pasados en cruz a una varilla de madera.

Al tomar el peine y tirar hacia adelante, cruzan los dos planos de hilos de la urdimbre; los del plano trasero pasan por entre los del plano delantero y viceversa.
TRAMADO

El extremo del hilo que sirve de trama lo sujetan al primer hilo del urdido en el punto e, y lo pasan hacia la derecha por el espacio libre que queda entre ambos planos de hilos de la urdimbre. Para posibilitar la tarea disponen la pala de canto, la que mantiene pareja la separación. Cruzan nuevamente los dos planos de la urdimbre y ajustan el paso de la trama y el cruce, con golpes de pala. Vuelven la trama hacia la izquierda y continúan de esta forma, de un extremo a otro de la urdimbre, alternando con los cruces y ajustes citados.

Esta labor debe efectuarse con prolijidad pues de ella depende la regularidad del tejido y su calidad. La trama de estos ponchos es prieta, al igual que la urdimbre. La abertura para pasar la cabeza la logran tramando con dos hilos, desde los bordes de la urdimbre al medio y desde éste nuevamente a los bordes. Traman de esta forma mientras deba durar la abertura, para continuar como antes a su término. Sobretejen con finos hilos de lana las orillas de la abertura, para darle más resistencia en el uso.

ORNAMENTACIÓN

En lo que respecta a la ornamentación de los ponchos de Villa Fidelidad, podemos manifestar que corresponde específicamente al orden geométrico. Se caracteriza por el uso frecuente de cruces, recuadros, rombos combinados y triángulos alineados. Estos elementos son combinados y dispuestos con ingénito sentido artesanal, rico en carácter estético y originalidad.

Algunos ponchos presentan fajas longitudinales dispuestas en el centro y sobre los bordes, y otros exhiben como elemento decorativo “argollas” logradas por atado. Este último elemento es empleado en los ponchos de un solo color, tejidos con la urdimbre armada directamente sobre los travesaños menores del telar. El teñido se efectúa sobre el tejido terminado, ligando en círculo determinadas fracciones de la tela.

Los flecos existen únicamente en los dos lados menores del poncho, pues son el resultado de torcer, de a dos, los hilos sobrantes de la urdimbre; muchos ponchos no presentan flecos.

Las tejedoras que hemos visitado conservan en sus viviendas ponchos de antigua confección, en los que pudimos observar gran variedad de elementos ornamentales actualmente en olvido. En ellos los motivos cruciformes se adosan, escalonan o alinean acentuados por recuadros, estableciendo una composición decorativa convencional.

A través de estas consideraciones generales, hemos deseado señalar la supervivencia de determinada técnica textil, en una comunidad folk de origen araucano establecida en Azul, provincia de Buenos Aires.

Sería interesante que se contemple la posibilidad de proteger a este reducido núcleo artesanal, que pronto se verá desplazado por la producción en serie y el adelanto de la técnica industrial.

El amparo y conservación de estas manifestaciones artesanales sería obra de singular trascendencia y óptimo resultado.
Vocabulario

Chapul
Féun
Kélió
Kúrrí
Makuñ
Nerewé
Pilél makuñ
Tiwewe
Tonón
Tonón uchal
Tukum
Trariwe
Trukunar
Uchal uchal
Wiñifeu

Huso
Hilar
Travesaños del telar
Color negro
Poncho
Pala para apretar la trama
Abertura del poncho
Hilos de la trama
Peine del telar
Trama
Ovillar el hilo
Faja
Cardar lana
Telor
Hilo torcido
Foto 15
Poncho a medio tejer. En la parte inferior la urdimbre "atada".

Foto 16
Ornamentación típica de los ponchos tejidos en Villa Fidelidad.
Foto 17
Poncho araucano tejido con lana de oveja.

Foto 18
Decorado característico en blanco y negro, con faja central roja.
Foto 19
Poncho decorado con listas y "argollas".

Foto 20
Dña. Viviana Calderón de Bardas mostrando un poncho tejido por ella.